

EL FENOMENO NEORRURAL

Joan Nogué i Font (*)

INTRODUCCION

En los últimos años, geógrafos y sociólogos se han servido de la expresión «neorrural» (Chevalier, 1981) para referirse al fenómeno de instalación en el campo de un colectivo mayoritariamente joven y procedente de zonas urbanas. Son neorurales todas aquellas personas que abandonan la ciudad y se dirigen al campo con un proyecto de vida alternativo, que puede ser tan diverso como diversas son las actividades a realizar (1). Sin embargo, al dedicarse generalmente a la agricultura y a la artesanía, se suele hablar de «neocampesinos» y de «neoartesanos» (Barnley, Paillet, 1978). En efecto, a partir de los años 60 —y, en Europa, muy especialmente a partir del mayo del 68 francés—, grupos de jóvenes contrarios al tipo de progreso seguido, cansados de la ciudad y opuestos al modelo de sociedad que el nuevo capitalismo iba configurando, dejan la ciudad en sucesivas etapas y se instalan en aquellos pueblos y casas abandonadas, a su vez, pocos años antes, por pequeños campesinos y artesanos. Por primera vez en muchos años se produce una inversión de las migraciones, un «retorno» al campo, de ninguna manera comparable —ni demográfica ni sociológicamente hablando— al éxodo rural que lo vació (2).

(*) Departament de Geografia. Col·legi Universitari de Girona. Universitat Autònoma de Barcelona.

(1) Parecidas definiciones encontraremos en diversos autores. Para García (1977, pág. 103), por ejemplo, «son neorurales todos los individuos, sin discriminación de sexo o de edad, viviendo en pareja, solos o en comunidad, que por una decisión voluntaria han abandonado su medio social, profesional y residencial para ejercer, de forma exclusiva o no, actividades agropastoriles o artesanales en zonas rurales».

(2) En este artículo —y también en otros trabajos sobre el tema (Hervieu, Léger, 1979; Martínez, 1986a, 1986b)— el concepto de neorrural se utiliza de una forma algo restrictiva, en el sentido de que sólo se aplica a individuos o grupos de cariz «alternativo». Ello no impide reconocer la importancia que tienen otros grupos sociales que se trasladan a zonas rurales: jubilados que se retiran al campo, profesionales que fijan su residencia en áreas rurales o las nuevas profesiones rurales surgidas a raíz de las nuevas tecnologías (Blakely,

Es curiosa —y sintomática— la expresión «retorno» al campo. Para volver a un lugar hay que haber partido previamente de él, lo cual no es propio de los neorrurales, de origen urbano en su mayoría. Se utiliza esta expresión —incluso entre los mismos neorrurales— porque indica, de hecho, un retorno simbólico al valor «campo» frente al valor «ciudad»; en otras palabras, se trata del reencuentro físico y espiritual entre el hombre y la naturaleza, perseguido por los neorrurales. De hecho, como señalan Hervieu y Léger (1979), más que de retorno habría que hablar de «recurso»: «Ante la crisis, el paro, la contaminación, la burocratización generalizada de la vida social, los inmigrantes de la utopía recorren a la tierra, a la naturaleza, a un mundo rural magnificado por su imaginación, símbolo de armonía, de solidaridad, de comunidad...» (pág. 9).

Nos encontramos, por tanto, ante un movimiento migratorio singular, que afecta de nuevo al mundo rural, cargado de un gran contenido ideológico y que se produce después de una decisión y elección voluntarias de sus protagonistas (3). Al contrario del éxodo rural, forzado y provocado por los propios mecanismos que ha generado el capitalismo industrial, este movimiento se sitúa y actúa en parte fuera de la lógica del sistema. Se trata de un fenómeno nuevo, cuyo estudio exige la revisión de las clásicas categorías de análisis al uso. Por ejemplo, los conceptos de *trabajo*, *tierra* y *capital* no pueden aplicarse mecánicamente a este tema, porque se apartan de su significado habitual en una sociedad rural habitual. El cambio que se opera en la concepción del trabajo es ya de por sí una proposición de cambio social, una alternativa a los movimientos políticos y sociales tradicionales. No se desea alcanzar una productividad cada vez mayor, sino una forma de trabajar cada vez más placentera y humana. Se desea controlar todo el proceso de producción. El trabajo se concibe como algo autónomo, no dependiente. El capital —necesario para poner en marcha cualquier iniciativa de este tipo— es con frecuencia escaso y pocas veces amortizado. Las tierras, cuya propiedad se consigue raramente, suelen ser marginales y poco productivas, si es que se trabajan.

Bradshaw, 1985; Sanz, 1985). Sin embargo, desde nuestro punto de vista, cada uno de esos grupos exigiría un análisis por separado, puesto que sus características, motivaciones, aspiraciones e impacto sobre la comunidad rural difieren en gran manera entre ellos y muy especialmente en relación con los grupos denominados alternativos; el retorno al campo de estos últimos tiene un fuerte componente ideológico, que los distancia considerablemente del resto.

(3) Es interesante en este sentido reproducir textualmente las palabras de un pastor neorrural: «Estoy aquí por el deseo y la esperanza de cambiar mi vida y de escapar de una sociedad cada vez más deshumanizadora, robotizada y despojada de toda lógica. El ser pastor de ovejas y de cabras ofrece la posibilidad de realizarse en libertad, a través de la independencia como campesino; es una posibilidad para innovar y crear, la solución urgente para reencontrar en nuestros pueblos una vida colectiva desaparecida de los centros urbanos y reclamada cada vez con mayor fuerza». (Citado en Pau, 1977, pág. 59).

Es evidente que el tema puede tratarse desde diversos puntos de vista, como se observa al analizar la obra de los pocos geógrafos y sociólogos que hasta el presente se han dedicado a él (Chevalier, 1981; Hervieu, Léger, 1979; Martínez, 1986a, 1986b). En este artículo intentaremos aproximarnos al fenómeno aplicando algunos elementos conceptuales propios de la geografía humanística, sin por ello minusvalorar en ningún momento los análisis realizados desde otras ópticas. Desde nuestro punto de vista, hay que partir de la base de que el neorruralismo reacciona contra el modelo de sociedad, de economía, de formas de vida vigentes hoy día. Una reacción de este tipo implica también, lógicamente, una concepción y valoración diferentes de las concepciones dominantes del entorno. No se responde sólo a un modelo de sociedad, en abstracto. Se responde también a su concepción dominante de la naturaleza, de los recursos naturales, del paisaje y en definitiva del espacio. Desde la perspectiva de la geografía humanística —y en términos experienciales— se persigue pasar del «espacio» al «lugar» (Tuán, 1977), se persigue el arraigo a un lugar no estandarizado. En este sentido, el neorruralismo, en palabras de Mercier y Simona (1983), expresa un *cambio de territorialidad*, es decir, un cambio en las relaciones existentes entre los individuos y su entorno biosocial. Si no se atiende a este cambio, si no se considera, se le puede hacer difícil al investigador entender los mecanismos que accionan y mantienen el fenómeno.

En las páginas que siguen analizaremos, en primer lugar, los antecedentes históricos del neorruralismo y los diferentes tipos de neorrurales, para pasar, a continuación, a explorar la nueva territorialidad que, según nuestra hipótesis, se desarrolla en el neorruralismo. Más adelante se analizará la evolución del fenómeno y la localización de los grupos neorrurales en España y en Cataluña, con una especial referencia al caso de la comarca de la Garrotxa (Girona), donde el trabajo de campo y la entrevista personal permiten entrever con mayor facilidad los rasgos esenciales de esta territorialidad.

DE LA CIUDAD AL CAMPO ANTECEDENTES HISTORICOS

Como ya hemos aclarado anteriormente, al hablar del fenómeno neorrural nos referiremos en este artículo a la instalación en el campo de grupos de jóvenes de origen urbano, impulsados en una primera fase por el movimiento contracultural y contestatario originado en Europa y en los Estados Unidos de América en la década de los 60. Sin embargo, algunos autores (Martínez, 1986a) enmarcan este movimiento en el conjunto de las llamadas «migraciones utópicas», de las que sería una de sus últimas manifestaciones.

Siempre han existido movimientos migratorios utópicos, ya sean de carácter político o religioso. La «utopía del retorno» no nace, ni mucho menos,

en la contracultura americana ni en mayo del 68: únicamente cambia de dimensión para adaptarse al contexto social, económico, político y cultural propio de los sesenta y, por extensión, del último tercio de nuestro siglo. En el terreno de la religión —y tan sólo a título de ejemplo—, habría que mencionar la secular migración utópica del pueblo judío, siempre a la espera de acceder a la «Tierra Prometida» de la que Yahvé les había hablado. Los conceptos de «lugar» y de «tierra» tienen para el pueblo judío una especial significación (Houston, 1978), porque, de hecho, la dimensión territorial es inherente al judaísmo (Davies, 1983). Otro ejemplo, en este caso dentro del cristianismo medieval, sería el de los «mileneristas», deseosos de plasmar en la tierra el Reino de Dios. Los movimientos contemporáneos de retorno al campo inspirados en ideales religiosos y/o espirituales se enmarcarían también en este peculiar tipo de «migraciones utópicas». Las comunidades del Arca (impulsadas por Lanza del Vasto en Francia y en España), del Arco Iris (en Arenys de Munt, Barcelona), de Casamaria (inspirada en la Antroposofía de Rudolf Steiner y localizada en Herrerías, Santander), de Ilícitis (Elche), entre muchas otras en España, se han instalado en el campo, lugar idóneo para conseguir sus objetivos de carácter religioso y/o espiritual (4).

En el terreno más bien político nos encontramos a lo largo de la historia con una gran cantidad de «utopías del retorno». Sin embargo —y para el tema que nos ocupa—, nos interesa destacar especialmente, a grandes rasgos, la rica e intensa tradición utopista de los siglos XVIII y XIX. A diferencia de los anteriores pensadores utópicos (Platón, Thomas More), a partir del siglo XVIII se empieza a concebir la utopía como algo realizable y, justamente también ahora, el lugar ideal de realización de estas utopías pasa de la ciudad al campo y, por extensión, a la naturaleza. No hay que olvidar que en estos momentos, en *Emile ou De l'éducation* (1762), Rousseau (1712-1778) ensalza el retorno al estado natural del hombre. Nos encontramos, por otra parte, en el origen de la degradación de las condiciones de vida de las grandes ciudades, denunciada unos años más tarde por Engels y Reclus, entre otros. Con todo, habrá que esperar hasta el siglo XIX para ver plasmados y realizados definitivamente algunos de estos proyectos. Serán socialistas utópicos como Robert Owen (1771-1859), Charles Fourier (1772-1837) o Etienne Cabet (1788-1856) los primeros en poner en práctica una serie de experimentos de vida en comunidad

(4) Se trata de un sector minoritario dentro del movimiento neorrural, aunque quizá más radicalizado, desde varios puntos de vista. Bertrand Hervieu y Danièle Léger (1983) han estudiado a fondo el tema para el caso francés. Según ambos autores, este sector de neorrurales representa una condensación, una cristalización de aspiraciones presentes en el conjunto de una sociedad inmersa en una crisis económica y ecológica de considerable magnitud. Son comunidades utópicas, ciertamente, pero en base a una estabilidad territorial, una autoridad, unas reglas. En nuestros gráficos aparecerán englobadas dentro del grupo de las «comunidades», sin otra distinción. Un estudio pormenorizado exigiría un análisis caso por caso, lo cual se escapa de los objetivos de este artículo. Salomón (1979) y Séguy (1971) han trabajado también en esta línea.

en áreas rurales (5). Los socialistas utópicos se oponían al individualismo exacerbado del sistema capitalista, a la lucha de los hombres mediante la competencia, a la primacía de lo político y proclamaban la necesidad de un nuevo orden social basado en la cooperación y ayuda mutua, donde la justicia en la producción y en la distribución de los bienes traería no sólo la felicidad individual, sino también la colectiva. En las comunas se intentaba ensayar este nuevo orden social. Casi todas las experiencias que se realizaron en este sentido tuvieron lugar en áreas rurales y en América del Norte, especialmente en los Estados Unidos. Al llegar a este país en 1825, el inglés Robert Owen pronunció estas célebres palabras:

«He venido a este país para introducir un nuevo y completo sistema de sociedad; para transformarlo de un sistema ignorante y egoísta en otro ilustrado sistema social que gradualmente unirá en uno todos los intereses y eliminará todas las causas de disputa entre los individuos.» (6).

¿Por qué América del Norte? Porque ofrecía unas condiciones objetivas mejores que las europeas para poner en práctica estos experimentos. Los Estados Unidos era un país joven, con una Constitución que se iniciaba con una Declaración de los Derechos del Hombre, con unas estructuras sociales y políticas «sanas» y desligadas de la opresiva influencia del Antiguo Régimen europeo. Era, además, una tierra virgen, donde existía la posibilidad de adquirir grandes extensiones de terreno. Era, en definitiva, la tierra de la libertad, la nueva «Tierra Prometida» (Moos, Brownstein, 1977). A pesar de todo ello, la mayoría de estas comunas fracasaron al cabo de poco tiempo. Si tuvieron y tienen aún una influencia considerable en campos como la pedagogía o el diseño urbano, pero no consiguieron consolidar los modelos de sociedad que en algunos casos desarrollaron. Así, por ejemplo, las comunas «New Harmony», de Robert Owen, y «Brook Farm», de Fourier, duraron dos años. También duró dos años (1848-1850) la comunidad fundada en Estados Unidos por los «icarianos» o seguidores de las teorías expuestas por Etienne Cabet en su famoso libro *Voyage en Icarie* (1839). La que más vida tuvo fue la de «Monmouth County», también de Fourier, con doce años de existencia. Los últimos intentos en esta misma línea vienen representados por algunas comunidades de orientación anarquista, la más conocida de las cuales quizá sea «La Cecilia», impulsada por el botánico e ingeniero agrónomo italiano Rossi en el Estado de Paraná (Brasil), a 900 metros de altura y en una zona de 278 Ha. de superficie (7).

(5) El calificativo «utópico», aplicado al socialismo, fue utilizado por primera vez en 1839 por el economista francés Jérôme Blanqui y ratificado más tarde por Marx y Engels, los cuales se englobaron a sí mismos —y por oposición— en el denominado «socialismo científico».

(6) Reproducido en el artículo «Los clásicos ejemplos clásicos: Owen, Fourier, Oneida» del Extra Monográfico número 8 («Vida en Comunidad») de *Integral*, pág. 11.

(7) La experiencia de «La Cecilia» fue llevada al cine hace pocos años. Véase al respecto el artículo «Cinéma-Géographie. La Cecilia», *Hérodote*, 2, 1976, págs. 153-158.

EL RETORNO AL CAMPO A PARTIR DE LOS AÑOS 60

Todas estas tentativas históricas de retorno al campo/naturaleza, englobadas en lo que hemos acordado en llamar «migraciones utópicas», nos sirven para enmarcar el tema. Ahora bien, las verdaderas raíces del actual neorruralismo habría que buscarlas en los años 60 del presente siglo y en dos focos muy concretos: la «contracultura» americana y el movimiento de protesta juvenil generado en Europa y en especial en Francia a raíz del famoso «Mayo del 68» (8).

Todo un amplio abanico de manifestaciones de diverso tipo (culturales, artísticas, políticas, etc.) componen la denominada «contracultura» americana (Roszak, 1971). Se trata de un movimiento contestatario de carácter libertario, fruto de una nueva sensibilidad cultural y política, que recibe también otras denominaciones: «cultura *underground*» (expresión utilizada especialmente en los Estados Unidos de América), «subcultura juvenil», «revolución cultural», etc. (Cánovas, 1985). Las comunas rurales de inspiración *hippy* son una de sus manifestaciones más importantes y que más directamente afectan al tema que nos ocupa. Una encuesta encargada por el periódico *The New York Times* detectó en 1971 unas 2.000 comunas de este tipo repartidas por todo el territorio nacional, aunque concentradas especialmente en las zonas despobladas de los montes de Vermont, de los valles de Virginia, en los bosques de Washington y de British Columbia y en California (Vollmar, 1984). Miles de jóvenes norteamericanos se involucraron en un intento de buscar alternativas de transformación personal y social a través de la vida en comunidad en el campo (9). La contestación al *American way of life*, el rechazo a una tecnología alienante y deshumanizadora, el despertar de la conciencia ecológica, junto a la composición social y generacional del movimiento es, entre otros rasgos, lo que diferencia este «retorno al campo» del que se dió en el mismo marco un siglo antes. A partir de 1967, superada la fase en que la simple presencia de los *hippies* enfurecía a la sociedad circundante, éstos empiezan a ser progresivamente asimilados en un declive acentuado por

(8) Se trata, por tanto, en su actual modalidad, de un fenómeno reciente y, por lo mismo, poco estudiado. Si bien se da en prácticamente todos los países europeos, lo cierto es que la mayor parte de las investigaciones se refieren al caso francés, lo cual es bastante lógico si tenemos en cuenta que es en Francia donde el fenómeno arrancó con más fuerza. Aún así, como puede observarse en la bibliografía, la mayor parte de los trabajos son artículos. Hay algunas tesis doctorales sobre el tema (Vuarin, 1982) y muy pocos libros publicados al respecto (Barnley, Paillet, 1978; Hervieu, Léger, 1979, 1983; Mendras, 1979; entre otros). La mayoría de los autores son sociólogos, aunque últimamente se observa una presencia cada vez mayor de geógrafos, tanto en Francia como en el resto de Europa (Chevalier, 1981; Dematteis, 1982; Martínez, 1986a, 1986b; Mercier, Simona, 1983; Clout, 1984; Nogué, 1985).

(9) «El anarquismo fue importante en las comunas rurales. En la mayoría de las comunas que visité encontré libros de Bookchin y hasta de Kropotkin» (Vollmar, 1984, pág. 21).

el proceso de comercialización del «hippismo» en moda *style hippy* (Cánovas, 1985). A pesar de todo ello, las comunas sobrevivieron a la muerte de la contracultura y quedaron como reductos de un modelo de organización social y económica alternativo.

La protesta juvenil en Europa tuvo un cariz sensiblemente diferente a la de Norteamérica, aunque, en este tema, se resolvió de forma similar. El movimiento revolucionario estudiantil de los años 60 culminó en Francia en el famoso Mayo del 68, «la última gran jornada revolucionaria del siglo XIX», según Alain Touraine o «el comienzo de la primera revolución de este siglo», según Henri Lefèbvre (citados en Cánovas, 1985, pág. 194). En algunos *graffiti* de las calles de París aparecen slogans que añaden una dimensión de modernidad a este movimiento revolucionario y que, en algunos casos, pueden considerarse como el verdadero germen del posterior fenómeno neorrural: «Levantad los adoquines y encontraréis la tierra», por ejemplo, reivindica con metafórico acento lírico el reencuentro con la naturaleza como objeto indelible de la lucha por la libertad.

El retorno a la tierra en Francia —y, en general, en toda Europa— empieza después del Mayo del 68 (10). En pocos años, unas 100.000 personas emprenden el camino del campo, buscando un ambiente más propicio que el que acababan de abandonar para poner en práctica sus planteamientos alternativos. Todo el Midi francés y en especial la parte sur del Macizo Central, los Pirineos Orientales y las montañas de Provenza y del sureste de los Pre-Alpes se convertirán en las zonas de máxima concentración de grupos neorurales, por su clima mediterráneo o submediterráneo, por la facilidad en encontrar vivienda y porque el precio de la tierra y de los alquileres —en tanto que áreas marginales— era mucho más barato que en otras zonas. Constituyen esta primera oleada jóvenes estudiantes y profesionales que provienen de una clase urbana media y que se organizan en forma de comunas ideológicamente muy radicalizadas, de carácter anarquista en su mayoría. Los conflictos que se originaron con la población autóctona, junto con su poca preparación técnica por hacer mínimamente rentables sus propias explotaciones agrícolas, explican que al cabo de pocos años, en 1973, el 95 % de estas comunidades hubiere ya desaparecido (Hervieu, Léger, 1979).

A partir de 1974-1975 se origina en la mayoría de los países europeos una nueva oleada de retorno al campo, de composición y significado muy diferentes al anterior (Vuarin, 1982). Los nuevos neorurales ya no se localizan exclusivamente en las áreas marginales del Midi, sino que se distribuyen por

(10) Como en el siglo pasado, en los años 60 las condiciones objetivas para la instalación en el campo de estos grupos seguían siendo mejores en Norteamérica que en Europa. Sin embargo, hay un elemento característico del campo europeo que facilita la llegada de «nuevos pobladores»: el éxodo rural provocado por la definitiva penetración del capitalismo en el campo.

todo el territorio. Se trata de grupos menos radicales y antiinstitucionales, influidos, en todo caso, por los planteamientos del movimiento ecologista. El principal objetivo ya no es la «utopía comunitaria», sino, sencillamente, el hecho de vivir en contacto directo con la naturaleza en base a pequeñas comunidades —normalmente parejas—, que se dedicarán a la artesanía o a la agricultura. Ya no se trata de ensayar grandes teorías utopistas, ni mucho menos de intentar convencer a nadie de su validez.

Los miembros de esta segunda oleada han conseguido no sólo consolidar y hacer cuajar el fenómeno neorrural, sino también aumentar progresivamente el número de grupos y de personas que pueden englobarse bajo esta definición. Bien porque sus objetivos no son tan ambiciosos como en la primera oleada, bien porque están mejor preparados y predispuestos para soportar la vida en el campo, lo cierto es que han conseguido que el fenómeno se hiciera cotidiano y que sociólogos, geógrafos y otros estudiosos se interesaran por el tema. Es verdad que a nivel nacional representan un reducido porcentaje de la población rural (un 2 % de la población rural de los Departamentos franceses de Lozère y de Ariège, por poner sólo dos casos); ahora bien, cualitativamente y a una escala mayor, su importancia es mucho más notoria: en el sector de Cévennes, por ejemplo, casi la mitad de la población es de origen neorrural (Clout, 1984). El fenómeno tiene visos de dejar de ser marginal y de convertirse en un hecho social que habrá que tener en cuenta. Incluso para algunos autores, como Jegouzo (1977), nunca se ha tratado de un fenómeno estadísticamente insignificante, si consideramos que el retorno al campo en estas condiciones y con estas características es económicamente anormal, según la teoría dominante del desarrollo económico capitalista.

Los diferentes tipos de neorrurales

Podemos clasificar los grupos neorrurales desde diversos puntos de vista y siguiendo criterios diferentes. Un criterio podría ser, por ejemplo, el número de miembros del colectivo. En este caso distinguiríamos, al menos, entre tres grandes clases: los individuos que viven solos, las parejas con o sin hijos y, finalmente, las comunas, cuyo número de miembros puede oscilar muchísimo (desde dos hasta algunas decenas). A su vez, la venida al campo de cada uno de estos tres grupos puede responder a motivaciones muy diversas, de tipo ideológico, religioso, político, etc. Se hace, por tanto, realmente difícil escoger una forma de clasificación que sea válida a todas luces. En este caso hemos optado por una adaptación de la clasificación que nos proponen Hervieu y Léger (1979) y Chevalier (1981), basada, más que en la composición interna de los grupos, en el tipo de actividad que éstos realizan. En este sentido, podríamos distinguir tres grandes tipos de neorrurales.

El primer tipo está integrado por el grupo de los neoartesanos (Barnley, Paillet, 1978), los cuales, a diferencia de los neocampesinos, se localizan también en las ciudades. Los tejedores y los alfareros son los dos principales grupos de artesanos, aunque no podemos olvidar los que se dedican al trabajo del cuero y de las pieles, a la cestería y a la manipulación de las diferentes fibras vegetales, a la serigrafía, a la bisutería, al hierro forjado, al trabajo de la cera, etc. Algunos de los neoartesanos que no son falsos artesanos, sino que de sus manos salen piezas originales y, por tanto, cargadas de un gran contenido artístico, se encuentran ante una paradoja. Concebida para escapar de las imposiciones de la sociedad de consumo y del mundo industrial, la producción de este neoartesano (no utilitaria y de precio relativamente alto) sólo puede dirigirse a los estratos más acomodados de la sociedad, tanto por su precio, como porque los miembros de estas clases sociales consideran el objeto artesanal-artístico como una especie de distintivo social, que los distingue de los compradores de productos en serie.

Los neocampesinos representan el segundo tipo de neorrurales. Como su nombre indica, se dedican a actividades vinculadas al sector agrario, concretamente a la cría de ganado y al cultivo de las tierras. Al ser generalmente tierras marginales o abandonadas, la Administración de algunos países potencia este tipo de instalación. Con un cierto aire despectivo, un funcionario del Ministerio de Agricultura francés comenta al respecto: «Es mejor meter a hippies que dejar que las zarzas lo invadan todo» (citado en Bletterie, Flageul, 1977, p. 71). Sea como fuere, lo cierto es que en 1977, en Hérault y Ariège, el 75% de las demandas de tierra de cultivo procedían de ciudadanos de París, en su mayoría futuros neorrurales. El ganado que mejor se adapta a sus necesidades y peculiaridades es el cabrío. Las cabras exigen pocos cuidados y se adaptan con suma facilidad a los mediocres pastos de las tierras marginales ocupadas por los neorrurales. En Francia, las miles de hectáreas abandonadas de landas y monte bajo de Ariège, Aude, los Pirineos Orientales, la Alta Provenza y muchas otras zonas pueden ser aprovechadas económicamente gracias al ganado lanar y cabrío. El Gobierno francés lo sabe y no duda en apoyar este tipo de actividades. Chevalier (1981) considera que se puede vivir con la venta de los quesos producidos por un rebaño de cuarenta cabras. La explotación neocampesina suele completarse con otro tipo de actividades, como el cultivo «biológico» de la huerta, la apicultura, etc.

Finalmente, el tercer tipo correspondería a aquellos colectivos que no se especializan en ninguna actividad en concreto, sino que practican sistemáticamente la pluriactividad. Es decir, mientras unos se dedican a la agricultura o a la artesanía, otros realizan las mismas o parecidas actividades remuneradas que ya realizaban en la ciudad, de manera que siempre hay una fuente de ingresos más o menos segura.

Una nueva territorialidad

Podríamos centrarnos y limitarnos en un análisis pormenorizado de los diversos tipos de neorrurales y sus correspondientes actividades. Pero creo que el tema da para más, para mucho más, especialmente desde una óptica geográfica, tal como intuye Paul Harvois (1977, p. 88):

«Inconformistas en busca de algo nuevo, habitantes de la utopía..., cuadros o funcionarios..., estos emigrantes no sólo son capaces de repoblar el desierto francés, sino también de alimentar la imaginación de los que quieren cambiar la sociedad y la vida... En realidad, todos van a buscar a las montañas de Ariège, a los bosques de Velay o a las colinas de Ardèche, un nuevo sistema de vida, una concepción diferente del trabajo y del dinero, del espacio y del tiempo, de la naturaleza, del Otro...»

Aquí está, a nuestro entender, el meollo de la cuestión. Como Harvois, creemos que lo que realmente se está fraguando —más allá de los aspectos más visibles del fenómeno— es el surgimiento de una nueva territorialidad (Mercier, Simona, 1983), de una nueva concepción de las relaciones existentes entre los individuos y su entorno biosocial. Desde la óptica de la geografía humanística, como veremos a continuación, lo que se persigue es pasar del «espacio» al «lugar».

En la perspectiva antropocéntrica, holística y hermenéutica de la geografía humanística, los términos, los conceptos geográficos adquieren una significación especial. En este sentido, el espacio y el lugar —dos conceptos fundamentales del nuevo enfoque, en tanto que componentes básicos del mundo vivido del individuo— requieren, para su comprensión, una lectura fenomenológico-existencial. El lugar se refiere a una área limitada, a una porción del espacio concreto, caracterizado por una estructura interna distintiva y a la cual se atribuye una significación que evoca siempre una respuesta afectiva (Tuan, 1977). Los lugares, como «centros de significados o de intenciones, concebidos tanto cultural como individualmente» (Relph, 1976, p. 55), como entidades que «encarnan la experiencia y las aspiraciones de la gente» (Tuan, 1971, p. 281) o como «unidades del espacio material, de significado psicológico, limitadas temporal y perceptiblemente» (Godkin, 1980, p. 73), tienen claramente una dimensión existencial. Los lugares dan carácter al espacio, lo «humanizan»: «el lugar es seguridad, el espacio es libertad», afirma Tuan (1977, p. 3). El ser humano necesita un espacio «con lugares»; necesita sentirse arraigado a un lugar, disponer de un punto desde donde pueda mirar el mundo; necesita establecer unos lazos de significado psicológico y/o espiritual con un lugar en particular. Sin embargo, la sociedad industrial occidental está creando un espacio «sin lugares», sin unos centros significativos y distintivos que nos unan experiencialmente al mundo. Hay una tendencia hacia los «no lugares» (*placelessness*, según Relph, 1976), es decir,

hacia unos paisajes estandarizados, estereotipados, insensibles, producto de una tecnología y de una cultura de masas que ha destrozado su especificidad y promovido su homogeneización.

En el rechazo del neorrural a los patrones de vida de esta sociedad, en su huida de la ciudad y su búsqueda de un entorno «natural» o «rural», en sus actividades hacia el mismo, inspiradas en planteamientos ecologistas, se percibe un deseo de pasar del «espacio» al «lugar», o dicho de otra forma, un deseo de experimentar una nueva territorialidad. En el próximo capítulo veremos con un poco más de detalle algunas facetas de esta territorialidad, en el caso concreto de la Garrotxa. Lo que interesa destacar ahora es que ésta se materializa y se consigue, entre otros caminos, a través del trabajo (Mercier, Simona, 1983).

El trabajo es un componente primordial de la nueva territorialidad y, por tanto, una característica esencial del fenómeno. En el neorruralismo el trabajo no cumple sólo una función económica (satisfacción de las necesidades de consumo y de reproducción), sino también social y, más aún, psico-social: el trabajo permite al individuo desarrollar su creatividad y plasmar en su entorno la huella de su paso por esta vida. En el modelo social y económico dominante, en cambio, el trabajo queda reducido a una simple categoría económica, lo que degrada su papel existencial y su capacidad creativa. La obsesión por aumentar la productividad conduce a una especialización extrema del trabajo, cuyo contenido y finalidades escapan al trabajador. En estas condiciones, el trabajo no es un dominio en el que el hombre se realiza, sino un simple medio de acceder al consumo, lo cual sitúa socialmente al individuo según los modelos jerárquicos de la ideología dominante.

En la base de toda experiencia neorrural se encuentra un proyecto de trabajo autónomo, alternativo, a corto o a largo plazo. La forma y las condiciones de vida y de trabajo de las grandes ciudades y conurbanizaciones industriales conlleva, a veces, una cierta crisis de identidad, en la medida en que el individuo, parte indivisible de un todo, no reconoce el todo ni su posición en él. En cambio, el trabajo autónomo ligado a la tierra o a la artesanía pretende romper con la lógica de la compartimentación del sistema urbano, a través de una mayor relación con el entorno, a través del control de todo el proceso de producción, a través de la dimensión comunitaria del trabajo, que restituye su función social. Todo ello conlleva unas diferencias de concepción notables entre los neorrurales y los no neorrurales respecto a actividades realizadas por ambos. El caso de la agricultura es elocuente al respecto.

Desde el punto de vista de la lógica de la producción, se puede distinguir claramente entre la agricultura neorrural y la agricultura «oficial», de vocación capitalista, practicada por un número de explotaciones cada vez mayor. En esta última el proceso de producción está sometido a las leyes del mercado y a los imperativos de la rentabilidad económica. Los medios de producción se

convierten en una fuente de beneficios continua. De ahí, por ejemplo, el abuso de abonos químicos y de pesticidas, a pesar de sus efectos negativos en el ecosistema. La información utilizada es esencialmente funcional. La lógica de la articulación y de la acumulación de las operaciones en el proceso de producción se rige por la ley del beneficio inmediato. La agricultura neorrural, en cambio, sigue claramente otras directrices. La información necesaria para la producción es mucho más variada y diversa y proviene de múltiples fuentes, a veces sin una relación lógica y clara entre ellas. El neorruralismo no subestima la información moderna, pero da un gran valor al saber contenido en las prácticas tradicionales. Sin embargo, este saber (los métodos de combate biológico del parasitismo, por ejemplo) tiene efectos a largo plazo, lo cual entra en contradicción con la lógica de la acumulación del capital. Análisis y comparaciones parecidas podrían establecerse en otros muchos campos, como el de la artesanía o el de los circuitos de comercialización de los productos artesanales y naturales.

El fenómeno neorrural en España y en Cataluña: el caso de la Garrotxa (Girona)

El fenómeno neorrural en España y en Cataluña.

Las fuentes de información

Lo primero con que se encuentra uno al analizar un tema como el que aquí tratamos es con la falta de información. Las fuentes —si así pueden llamarse— son escasas y, en cualquier caso, incompletas. Muy pocos investigadores se han dedicado a su estudio en España. En realidad, como se ha visto, apenas hay trabajos de fondo sobre el tema; se trata, más bien, de artículos periodísticos publicados en algunas revistas y periódicos. Es cierto que en este país el fenómeno es relativamente reciente, pero no tanto como para no haber suscitado una mayor atención entre los geógrafos, los sociólogos o los economistas. La Administración, por otra parte, no ha mostrado ningún tipo de interés sobre el tema hasta fechas muy recientes. A diferencia del caso francés (Jegouzo, 1977, p. 34), no han aparecido estimaciones oficiales sobre el fenómeno. También es verdad que una parte de los neorrurales son bastante reacios a facilitar su inclusión en censos, padrones y demás recuentos propiciados por la Administración (11). Se trata, en realidad, de una actitud coherente con aquellos principios que les impulsaron a abandonar, en su día, un determinado modelo de sociedad.

(11) Es significativo que en uno de los boletines internos de la Coordinadora del Movimiento Alternativo Rural se recomiende no difundir bajo ningún concepto las listas de direcciones.

Así pues, para evaluar el fenómeno, de forma aproximada, a nivel de España y de Cataluña nos hemos servido de las siguientes fuentes. En primer lugar, de los archivos de la revista *Integral*. La sección «Contactos e Información» y, dentro de ella, el apartado «Volver a la Tierra» son, hoy día, en España, las fuentes de información publicadas más importantes y fiables sobre el tema. *Integral*, con más de quince mil suscriptores y con miles de ejemplares de venta directa al público en quioscos y librerías, se ha convertido en la revista más importante —y casi la única— de España en temas de ecología, salud y vida natural. Las secciones fijas que acabamos de mencionar publican cada mes comunicados de grupos neorrurales sobre temas muy diversos: venta de productos naturales, proyectos de futuras comunidades, alquiler y venta o compra de tierras, etc. El gráfico I, referido a los asentamientos neorrurales en España y válido para 1985, se ha elaborado a partir de la información extraída de esta sección y también a partir de las listas proporcionadas por la Coordinadora del Movimiento Alternativo Rural (M.A.R.) y la Coordinadora de Agricultura Ecológica (C.A.E.). El gráfico II muestra la distribución espacial de los suscriptores de *Integral* en España, con datos del diciembre de 1985 y sólo para poblaciones inferiores a 25.000 habitantes. Es evidente que no todos los neorrurales están suscritos a esta revista, pero sí muchos de ellos. De la lectura del mapa no se puede deducir que todos los suscriptores que viven en zonas rurales sean neorrurales, pero sí podemos asegurar, por algunas muestras piloto que hemos realizado, que la mayoría lo son.

En segundo lugar se han analizado los boletines internos y las circulares externas del M.A.R., iniciativa surgida a raíz del «Encuentro sobre Pueblos Deshabitados», celebrado en Madrid en septiembre de 1984 e impulsado por el Ministerio de Cultura. Ha sido también de utilidad el programa «Cien Pies», de Radio 3, parte de cuya audiencia, según nos consta, es neorrural. Se trata, por tanto, de fuentes variadas y, a decir verdad, poco ortodoxas. En última instancia, un censo completo y exhaustivo sobre el número, la localización y las actividades de los grupos neorrurales pasa, inevitablemente, por el trabajo de campo, entrevistando a todos y cada uno de los grupos neorrurales o, cuando menos —y si ello no fuera posible—, buscando la información entre los campesinos, en el Ayuntamiento o incluso en la Casa Cuartel de la Guardia Civil (12). En el estadio actual de nuestra investigación, ello sólo ha sido posible en una pequeña área: la comarca de la Garrotxa (Girona).

(12) He podido corroborar personalmente que la Guardia Civil conoce mucho mejor que el propio Ayuntamiento la localización y actividades de estos grupos, lo cual no deja de ser curioso. Supongo que ello se debe al tradicional «control» que las Fuerzas de Seguridad del Estado han ejercido, tanto aquí como en otros países, sobre todos aquellos elementos de la sociedad considerados como «marginales».

Evolución del fenómeno

El movimiento neorrural aparece en España con un ligero retraso en relación con otros países europeos, como Francia. La situación sociopolítica de la España de los 60 y principios de los 70 no favorecía la penetración y difusión de los planteamientos políticos y filosóficos que inspiran el neorruralismo, por más que los aires renovadores de la contracultura y del Mayo del 68 traspasaran los Pirineos. Además, en los años 60 el campo español aún no había finalizado su proceso de despoblación, por lo que tampoco se habrían dado las condiciones objetivas que, más tarde, permitieron el asentamiento de nuevos pobladores.

Lo que sí se observa claramente, aunque con un cierto desfase cronológico, son las dos mismas etapas u oleadas que comentábamos más arriba para el caso francés y europeo en general. La primera etapa, caracterizada por la radicalización política e ideológica de las experiencias (comunitarias) que se pusieron en práctica, ocuparía, aproximadamente, el período 1976-1979, coincidiendo con la efervescencia libertaria de estos años (13). La revista de inspiración libertaria *Ajoblanco* es una muestra palpable de esta primera fase y un símbolo de la misma. No hay ni un sólo número que no haga referencia al tema de las comunas. La sección fija que lleva este nombre publica toda clase de comunicados que hacen referencia a la vida en comunidad. Incluso llega a constituirse una «coordinadora de comunas», aunque con pocos resultados.

La segunda etapa, en la que aún estamos inmersos, se inicia a partir de 1978-1979 y viene simbolizada por la aparición de la revista *Integral*, que sustituye a *Ajoblanco*. Los apartados de la sección «Contactos e Información» ilustran a la perfección el nuevo cariz que toma el neorruralismo a partir de ahora: «Agricultura y productos naturales», «Amistad», «Artesanía y tecnología alternativa», «Maternidad e infancia», «Medicina y salud», «Trabajo», «Volver a la tierra» (el título aparece rodeado de un paisaje rural idílico) y, finalmente, «Varios». Ya no aparece la sección «Comunas» de *Ajoblanco*. A pesar de todo —y como puede deducirse de la lectura de los gráficos I y III—, existen aún hoy comunas, ya sean reductos de la primera etapa (las menos), ya sean comunas recientes con unos planteamientos bastante distintos (las más), de carácter religioso, espiritual o simplemente alternativo.

El neorruralismo —siempre en el marco de esta segunda etapa— está viviendo unos momentos de gran apogeo y consolidación. El fenómeno está cuajando en las zonas rurales y se está haciendo «cotidiano», hasta el punto de que la expresión *hippy*, tan usual en boca de los campesinos hace tan sólo unos

(13) El verano de 1977 fue especialmente intenso, en Barcelona, en este terreno: gran míting de la C.N.T., celebración de las Jornadas Libertarias Internacionales, etc.

años, se usa cada vez menos (14). Por primera vez, también, la Administración empieza a interesarse por el tema, aunque sea tímidamente. A diferencia del caso francés o suizo, en nuestro país el Estado se ha interesado hasta el momento por dicho fenómeno de una forma absolutamente testimonial, lo cual demuestra una falta de análisis del mismo en sus justas y reales dimensiones. En última instancia, como han comprendido muy bien otras Administraciones europeas, a quien más beneficia la instalación de neorrurales en tierras marginales, degradadas y abandonadas es, paradójicamente, al propio Estado. A pesar de todo, como he dicho, empiezan a hacerse evidentes algunos síntomas de un posible cambio de actitud de la Administración española hacia el tema. En septiembre de 1984, la Dirección General de Juventud y Promoción Sociocultural, del Ministerio de Cultura, organizó en Madrid un interesante «Encuentro sobre Pueblos Deshabitados», que despertó el interés de un gran número de grupos neorrurales (15). Por primera vez, como indicaba el programa, se reunían en una misma mesa «ex-urbanos pobladores de antiguos despoblados, vecinos que están rehabilitando pueblos un día deshabitados o ayudando a supervivir pueblos amenazados de desaparición, así como expertos, investigadores o simplemente preocupados por el tema». El «Encuentro» tuvo un fruto importante, puesto que de ahí nació la «Coordinadora del Movimiento Alternativo Rural», con el ánimo de canalizar y aglutinar las expectativas de las diversas personas y comunidades que viven en el campo de forma alternativa (16). Como sucediera años atrás

(14) Prueba de esta cotidianeidad es la proliferación de artículos o noticias sobre el tema en la prensa diaria, así como la proyección de documentales en la Televisión sobre estas nuevas formas de vida. La siguiente relación es sólo una pequeña muestra: «Un grup de joves vol revitalitzar el poblat de Monars, abandonat fa vint-i-cinc anys», *Punt-Diari*, 2 febrero 1983; «Ancianos y hippies, únicos habitantes de los pueblos muertos de la Maragatería leonesa», *El País*, 12 abril 1983; «Los últimos comuneros», *El Periódico de Catalunya*, 6 julio 1983; «El campo como alternativa. Decenas de pueblos deshabitados de toda España recuperan la vida ante la presencia de comunidades de jóvenes», *El País*, 7 octubre 1984; «Pagesos d'asfalt», *Punt-Diari*, 10 mayo 1987.

(15) Es significativo que estuviera organizado por el Ministerio de Cultura, y no por el de Agricultura o por el de Obras Públicas y Urbanismo, o por los tres a la vez. Las ponencias de los temas a debate corrieron a cargo de diversos profesionales, entre los que destacaban los geógrafos: «Análisis del proceso de despoblamiento. Problemática actual y líneas alternativas» (Eduardo Martínez de Pisón, Nicolás Ortega y Miguel Angel Troitüño), «Cultura y modos de vida» (Mario Gaviria), «Patrimonio arquitectónico» (José María Pérez, «Peridis»), «Economía, recursos naturales y pueblos deshabitados» (Santiago Marraco).

(16) Véanse, al respecto, las crónicas de los números 61 (noviembre 1984) y 62 (diciembre 1984) de *Integral*. La Secretaría de la Coordinadora es itinerante y edita unos boletines de carácter interno y unas circulares de carácter externo. Recibieron 250.000 pesetas de subvención por parte del Ministerio de Cultura. Recientemente, la Coordinadora ha decidido inscribirse como colectivo en otro organismo parecido, la «Coordinadora de Agricultura Ecológica» que, en Cataluña, tiene su sede en la Escuela de Capacitación Agraria de Caldes de Montbui (Barcelona).

en Francia, un importante número de grupos neorrurales —unos cien en este caso— se unen y plantean colectivamente sus reivindicaciones ante la Administración (reconocimiento jurídico de los grupos, inventario de pueblos abandonados, derecho al uso de propiedades estatales abandonadas, creación y subvención de campos de trabajo, ayudas para la mejora de las viviendas, etc.). Es un hecho sin precedentes en un colectivo tan peculiar como el que estamos analizando, lo cual demuestra hasta qué punto está consolidado el fenómeno en su segunda y actual fase. Las Comunidades Autónomas empiezan también a actuar en este terreno, aunque tanto o más tímidamente que el Estado. La Generalitat de Cataluña, por ejemplo, ha elaborado un programa de asentamiento de población joven en las comarcas montañosas del interior (*El País*, 15 agosto 1984) y, recientemente (abril 1987), ha colaborado, junto con otras instituciones (Diputación de Barcelona), en el «Primer Encuentro de Grupos Neorrurales», organizado por el Colectivo «Metrogaia». La Dirección General de Ordenación Territorial de la Diputación General de Aragón, por poner otro ejemplo, está estudiando la posibilidad de rehabilitar cuarenta y tres de los trescientos núcleos abandonados con que cuenta la provincia de Huesca, especialmente en las zonas de Sobrarbe, del Guarga y de la Jacetania. Difícilmente podrán alcanzarse estos y otros objetivos si no se interviene en el asunto de una forma mucho más decidida.

La localización de los grupos neorrurales

Los gráficos I y II pretenden aproximarse por diferentes caminos a la localización de los grupos neorrurales en España. Ya se han comentado anteriormente cuáles han sido las fuentes de información utilizadas para su elaboración. Ahora sólo conviene referirnos a las variables que se han cartografiado. La información recogida para la elaboración del mapa de localización de los asentamientos neorrurales en España (gráfico I) se presenta en dos grandes grupos. En primer lugar los individuos que viven solos o en pareja y que se dedican a: 1) la artesanía, 2) la agricultura, ganadería y elaboración de productos naturales y 3) actividades diversas. En segundo lugar los grupos que viven en comunidad, por los motivos que sean (ideológicos, religiosos, espirituales, etc.). En general, estas comunas suelen compaginar la agricultura y la artesanía con otro tipo de actividades. Para la elaboración del segundo mapa (gráfico II) nos hemos servido de los suscriptores de *Integral* a finales de diciembre de 1985 y sólo para poblaciones inferiores a 25.000 habitantes, con el objeto de aproximarnos al máximo a los suscriptores de las zonas rurales.

Una rápida lectura del primer mapa nos permite ya de entrada observar los siguientes focos de concentración de neorrurales: Cataluña (especialmente las provincias de Girona, Barcelona y Lleida), todo el País Valenciano y en especial la provincia de Castellón de la Plana, Ibiza y buena parte de la mitad

norte de la Península y, más concretamente, toda la franja cantábrica (excepto Vizcaya), pre-cantábrica (excepto Palencia) y pirenaica, esto es de Lugo a Huesca, aproximadamente. La densidad de núcleos neorrurales desciende considerablemente en el centro de España (excepto en Guadalajara) y en Andalucía (excepto la gran concentración de Granada). El segundo mapa nos viene a corroborar, con ciertos matices y variaciones, esta observación general. Para ello, debemos fijarnos especialmente en los círculos de tamaño medio (6 suscriptores) y pequeño (1 suscriptor), que se corresponden en general con áreas rurales. Como en el caso anterior, observamos unos considerables focos de concentración de suscriptores de *Integral* —en su mayoría neorrurales, según nuestra hipótesis— en Cataluña, País Valenciano y, de nuevo, en toda la franja norte (excepto el caso de Vizcaya, con suscriptores de origen urbano en su mayoría). El centro y Andalucía siguen teniendo poca importancia.

Creemos poder apuntar algunas explicaciones a esta distribución espacial, aunque no son, ciertamente, las únicas. Se observa, por ejemplo, una cierta correspondencia entre estas áreas de concentración y las zonas de despoblamiento, y muy especialmente si son zonas montañosas que tenían un poblamiento disperso o, en cualquier caso, unos núcleos de población muy reducidos. Sería el caso del Pirineo y del Prepirineo catalán y aragonés, de la Serranía del Turia y de la zona del Maestrazgo en el País Valenciano, de la zona de Molina de Aragón y de las estribaciones de la Sierra de Ayllón en Guadalajara, de los Montes de León y de la zona montañosa de Burgos, etc. No sería difícil, por otra parte, establecer una relación entre estas densas áreas de poblamiento neorrural y la España no latifundista. En cambio, si bien a microescala las condiciones climáticas influyen evidentemente en la elección del asentamiento, a macroescala no parece ser un factor determinante. Así, por ejemplo, León, Huesca y Castellón tienen climas diferentes y concentraciones parecidas.

Sería preciso recordar aquí que, a diferencia de los movimientos migratorios normales, el «retorno al campo» no tiene un carácter forzado. Los candidatos a neorrurales no irán a cualquier lugar, sino que, en la medida de lo posible, lo escogerán. Esto queda bastante claro en el caso de Cataluña, que conocemos más de cerca. En la llamada Cataluña Nueva (comarcas de Tarragona y del sur de las provincias de Lleida y de Barcelona), encontramos menos asentamientos neorrurales. ¿Por qué? En esta zona el tipo de poblamiento es más bien concentrado, con pocas edificaciones dispersas. Aunque el neorrural se instale a veces en pueblos (generalmente pequeños y deshabitados, lo que no es el caso), lo normal es que busque desarrollar su proyecto de vida en hábitats rurales dispersos (masías), con un poco de tierra y de bosque a su alrededor. A la fuerte concentración de neorrurales en las zonas de montaña de Lleida y en las comarcas de Girona, que sí disponen de este tipo de hábitat (masías o bien pequeños pueblos deshabitados), hay que añadir, a mi entender, otro factor: el paisajístico. La naturaleza, desde la ciudad,

se asocia con el verde y con el agua (los partidos ecologistas se autodenominan «verdes»), dos elementos que no son precisamente característicos de las comarcas de la Cataluña Nueva y sí más abundantes en la Cataluña Vieja.

El caso de la comarca de la Garrotxa (Girona)

Los neorrurales en la Garrotxa

Uno de los focos con mayor concentración de grupos neorrurales de Cataluña se halla en la Garrotxa, una comarca fronteriza situada al nordeste de Cataluña, de unos 800 km² de extensión y con unos 45.000 habitantes. Debido a esa gran concentración, esta comarca ha sido escogida como área piloto, como ámbito de estudio a gran escala en esta fase inicial de nuestra investigación. En este caso, el *trabajo de campo* ha sido la única fuente de información utilizada, y la más fiable y completa. Ello ha permitido la elaboración del gráfico III, donde se localizan todos los asentamientos neorrurales de la Garrotxa, ordenados según las mismas variables que se han utilizado para la confección del gráfico I. Su número es realmente excepcional: unos 120 grupos, 10 de los cuales viven en comunidad y 110 viven solos o en parejas, con o sin hijos. Entre estos últimos, 30 se dedican a la artesanía, 40 a la agricultura y a la elaboración de productos naturales y 40 realizan actividades diversas. Pero, ¿cuáles son las causas de esta enorme concentración? Santiago Martínez (1986 a, 1986b), uno de los geógrafos que se han dedicado a este tema, llega a unas conclusiones parecidas a las que a continuación se exponen.

La Garrotxa reúne las condiciones óptimas para la instalación de grupos neorrurales por los siguientes motivos. En primer lugar, por su forma de poblamiento, caracterizada por una elevadísima dispersión del hábitat. La típica masía catalana, pequeña, rodeada de bosque, de pastos y de campos de cultivo, construida en puntos estratégicos del territorio, con abundancia de agua, se encuentra en la Garrotxa. En segundo lugar, por el intenso despoblamiento que ha sufrido la zona, tanto el sector más marginal y de difícil acceso —la Alta Garrotxa—, como las inmediaciones de los fértiles valles de la comarca de Olot. A mediados de los 70 la comarca ofrece un aspecto más bien desolador en este sentido, pero óptimo para la instalación de los nuevos pobladores. La adquisición de masías para su posterior restauración y conversión en viviendas de segunda residencia era en aquellos momentos bastante puntual, a diferencia de lo que sucedía en otras áreas, como el Empordà o la zona del Montseny. No había, por tanto, conflicto de intereses entre ambos colectivos. El espacio marginal y despoblado era lo suficientemente amplio como para satisfacer los dos tipos de demanda, lo que ya no sucede ahora (17). Un tercer motivo sería el atractivo paisajístico de la zona. La

(17) «En el estadio actual del desarrollo capitalista, el campo representa el último mito, el último producto de consumo propuesto por el capital a las poblaciones urbanas y a los industriales del turismo». (García, 1977, pág. 101).

Garrotxa disfruta de un paisaje excepcional, fruto de un substrato geológico, de un clima, de un relieve, de una vegetación y de una secular acción antrópica ciertamente peculiares. Desde el siglo XIX, poetas, pintores paisajistas, veraneantes y excursionistas han difundido y extendido por toda Cataluña la imagen de un paisaje rural idílico y bucólico, más atlántico que mediterráneo. Y todo ello a 70 Km del mar, a 50 Km de la autopista y a 150 Km de la gran conurbación barcelonesa.

Un análisis de sus características esenciales (lugar de procedencia, actividades) permite confirmar con toda seguridad que la totalidad de estos nuevos pobladores son «neorrurales», según la definición que más arriba hemos dado al término. Todos ellos son de origen urbano y un 80 % proceden de Barcelona y su Area Metropolitana. El resto proceden de Girona, de Lleida, de otras ciudades del Estado e incluso del extranjero. Como sucede en el caso francés (Bletterie, Flageul, 1977, pág. 72), existe un porcentaje importante de personal cualificado: el 25 % tenía un título universitario de grado medio y superior; el 40 % había pasado por la Universidad, si bien no había concluido sus estudios; el 15 % había trabajado en la enseñanza y el 10 % en la sanidad (Martínez, 1986a). Sin embargo, a pesar de este 65 % de individuos que pisaron algún día las aulas de la Universidad, hay que insistir en que el panorama social, laboral y profesional es francamente heterogéneo (trabajadores autónomos, actores, albañiles, estudiantes, etc.). Lo que sí es fácilmente constatable es que se trata de una población joven, cuya edad media es de 27,6 años.

A grandes rasgos —y siguiendo la clasificación de Chevalier (1981), plasmada, a su vez, en el gráfico III—, los neorrurales de la Garrotxa se dedican a la agricultura y a la elaboración de productos naturales, a la artesanía y a la pluriactividad, combinando las dos actividades anteriores con trabajos esporádicos y temporales de todo tipo y duración. La dificultad en adquirir tierras —más de la mitad de los neorrurales dispone sólo de 1 Ha. de terreno, dedicada generalmente a la horticultura— o, en su caso, la marginalidad de las mismas, hace que el grupo de neocampesinos no sea muy numeroso. Además, una buena parte de los aquí incluidos como neocampesinos, se dedican, de hecho, a actividades agropecuarias que no precisan del cultivo de la tierra. Se dedican especialmente al pastoreo o a la apicultura, con el ánimo de elaborar unos productos naturales (queso de cabra, miel, mermelada, cera, etc.), que son fácilmente comercializables. Un sector importante es el de neoartesanos. En total son 30 grupos, sin contar aquéllos que compaginan la artesanía con otras actividades, incluidos en el sector de «Actividades diversas». Esta última categoría es bastante numerosa (40 grupos). De hecho, todas las comunas practican esta pluriactividad, aunque en este caso hemos preferido separarlas y mantenerlas como una categoría aparte.

La mayoría de las casas son de alquiler (55 %), algunas de cesión temporal gratuita (26 %) y muy pocas de propiedad. Quizá sea la cesión temporal

gratuita el régimen que mejor se adapte a las necesidades del recién instalado, especialmente si son tierras comunales o estatales (caso de los asentamientos de Monars y de Maians, en la Alta Garrotxa). En la mayoría de los casos resulta necesario restaurar y/o adaptar mínimamente la vieja masía a las nuevas necesidades. Esta operación se lleva generalmente la mayor parte del capital inicial, procedente de ahorros, de indemnizaciones, de subsidios de desempleo, etc.

Al analizar el Gráfico III se observa una cierta concentración de los asentamientos neorrurales a lo largo del Valle del Fluvià, lo cual es bastante lógico. El poblamiento disperso es tan elevado que la oferta de masías deshabitadas llega hasta las mismas puertas de Olot, por lo que —al menos hasta hace poco— no era necesario penetrar en la Alta Garrotxa, una zona montañosa y de difícil acceso. Ultimamente, debido a la presión de la residencia secundaria y al elevadísimo número de grupos neorrurales, se hace bastante difícil alquilar a buen precio una masía bien comunicada y cercana a alguna población. También es verdad que algunos grupos buscan precisamente lugares inaccesibles y lo más apartados posible de la «civilización», con el ánimo de experimentar proyectos de vida en comunidad. Este es el caso de algunos de los asentamientos de la Alta Garrotxa.

A nivel de la Garrotxa el fenómeno neorrural está muy consolidado e incluso ha sido asumido por la Administración, en este caso local. Varios indicios permiten llegar a esta conclusión. Por una parte, la «Encuesta Pública previa a la elaboración del Plan Comarcal de la Garrotxa» sacó a relucir el tema y sugirió la necesidad de que el futuro Plan Comarcal contara con este sector de población, cuando se plantearan las posibilidades de repoblación y revitalización de las áreas marginales de la comarca. Tengo constancia de que los autores del Plan Comarcal —entre los que se encuentra una geógrafa conocedora del tema— están aplicando ya esta sugerencia. Por otra parte, es significativo que un Ayuntamiento como el de Olot organice, con periodicidad mensual, un Mercado de Artesanía y de Productos Naturales, pensado básicamente para este tipo de productores (18). El Mercado se inauguró oficialmente el 2 de noviembre de 1985 y, desde entonces, su prestigio entre los sectores neorrurales no ha hecho más que crecer. De las 53 solicitudes que se recibieron, 34 eran de neorrurales que vivían en la Garrotxa (19). Sin embargo, el Ayuntamiento sólo pudo admitir, por cuestiones de espacio, a 39 expositores, 29 de los cuales viven en la Garrotxa.

(18) Existen en Cataluña otras ferias y mercados en los que el neorrural acude a vender sus productos, como la «Fira de la Candelera» (Molins de Rei), la «Fira de la Terrissa» (Badalona), la «Fira de Sant Ponç (Barcelona), etc.

(19) Las 53 solicitudes se distribuían de la siguiente forma: Alimentación, 16; Textil, 10; Sin clasificar, 6; Cerámica, 5; Diversos, 5; Madera, 4; Cristal, 2; Bisutería, 2; Cosmética, 2; Caña, 1.

Esta sería, a grandes rasgos, la situación del movimiento neorrural en la zona piloto de la Garrotxa. Para finalizar, destacaremos a continuación algunas facetas de la nueva territorialidad, apuntadas a grandes rasgos en el apartado que más arriba hacía referencia al tema.

Una nueva territorialidad

La entrevista personal de inspiración fenomenológica, en la que el investigador penetra en el mundo vivido geográfico (el *lebenswelt* de Husserl) del individuo entrevistado, nos abre las puertas al conocimiento de la nueva territorialidad que se desarrolla en el neorruralismo (Nogué, 1985). Hay que constatar, de entrada, un hecho evidente y básico a la vez: *el neorrural quiere cambiar de vida, cambiando de entorno*. Ambas variables van íntimamente unidas y son inconcebibles una sin la otra: una nueva vida en un nuevo lugar, en un nuevo entorno biosocial. El nuevo asentamiento —y el paisaje que lo rodea y lo caracteriza— se convierte, por tanto, en una dimensión existencial del individuo. Uno de los neorrurales entrevistados afirma al respecto: «Este era el paisaje que buscaba: un paisaje que me ofreciera tranquilidad, que me permitiera concentrarme en mi trabajo, que me facilitara el contacto directo con la naturaleza».

El neorrural es, de hecho, un emigrante que necesita echar raíces en su nuevo entorno, que necesita crear «lugares» en un espacio —para él— aún sin lugares. Sus proyectos de vida en contacto con la naturaleza, sus deseos de integración —a pesar de las dificultades— en la sociedad rural que lo rodea, le ayudarán a conseguir, con relativa facilidad, la «interioridad existencial» (Relph, 1976), esa sensación de íntima relación y asociación de la persona al lugar. Constantemente se oyen manifestaciones como las que siguen: «Hace ya varios años que vivo aquí y me siento arraigado a esta tierra e identificado con este paisaje» o «Este lugar —la Alta Garrotxa— me gusta y me sugiere muchas cosas. Tiene una vida interior, un espíritu, algo propio, que siento pero que no sé cómo describir». No sólo quiere «vivir» en el lugar sino también «habitar», y «habitar», según Ivan Illich y Anne Buttimer, significa «vivir estrechamente ligado a los ritmos de la naturaleza, sentirse parte de una historia y de un futuro, vivir en un lugar que te recuerde constantemente el diálogo entre tú y tu medio social y ecológico» (Buttimer, 1976, pág. 277).

El neorrural aspira a conseguir una relación de este tipo con el lugar y ello se deduce fácilmente al observar sus nuevas actitudes, sus nuevos hábitos de comportamiento. Es significativa, por ejemplo, la importancia que se da a la percepción no sólo visual del entorno, sino también a la auditiva, a la táctil, a la olfactiva, es decir, a una relación sensorial con el entorno más armónica y globalizadora que la que mantenía hasta el presente. Su nueva concepción del tiempo es también sintomática al respecto, puesto que empieza a vivirlo «no

como una sucesión continua de secuencias, sino como algo estrechamente unido a los actos naturales» (Bletterie, Flageul, 1977, pág. 75). Al rechazar el modelo de progreso que se está siguiendo, los neorrurales rechazan también la concepción del tiempo que éste lleva implícito: un tiempo acelerado, unidireccional, sin esencia, constantemente proyectado hacia un horizonte lejano y sin retorno. Su tiempo es otro: multidireccional, espacial, variable y cíclico, adaptado a los ritmos de la naturaleza y de la vida. El tiempo es una dimensión existencial del ser humano, que marca profundamente su territorialidad. Uno de los miembros entrevistados comenta en este sentido: «Aquí notas mucho más el paso de las horas, de los días, de las estaciones. Vives el tiempo de cerca y en otra dimensión. Te adaptas con mucha más facilidad —y sin darte cuenta— a los ritmos marcados por la naturaleza».

El paisaje de la Garrotxa es un paisaje lleno de símbolos del pasado: puentes e iglesias románicas por doquier, infinidad de masías en ruínas, antiguos banales hoy cubiertos de bosque, etc. En el caso de los neorrurales se pone claramente de manifiesto la tesis de Lowenthal (1975), según la cual estos símbolos del pasado dan carácter al paisaje presente e influyen en las actitudes, pensamientos y comportamientos de los individuos en relación al mismo. Estas huellas del pasado marcadas en el paisaje o, simplemente, las tradiciones, las costumbres y los recuerdos de otras épocas recogidos en la memoria de los nativos, se convierten en un elemento más de la nueva territorialidad:

«Casas vacías, tierras yermas, banales desmoronados son el testimonio de una civilización pasada destruida por esta sociedad capitalista industrial y urbana que, precisamente, se rechaza. La relación simbólica que los «marginales» mantienen con el espacio desertizado expresa, de hecho, una llamada del propio movimiento de la utopía al pasado, visto con frecuencia como una edad de oro magnificada, contra el presente que se rechaza y en espera de un futuro radicalmente diferente. (Hervieu, Léger, 1979, pág. 32).

Es curioso observar también cómo el neorrural concibe como elementos de su paisaje vivido no sólo el bosque, las montañas, los campos de cultivo o las masías, sino también otro tipo de elementos, como el cielo, las nubes, la noche, las estrellas, la luna o incluso el silencio y la soledad. Todos estos elementos juntos son parte de su nueva territorialidad, de su nueva forma de relacionarse con el entorno.

Conclusiones

El fenómeno neorrural, con sus poco más de quince años de existencia, es un fenómeno muy reciente y apenas estudiado desde la Geografía, a pesar de que afecta de lleno, por lo menos, a tres importantes disciplinas dentro de la Geografía Humana: a la Geografía de la Población, en tanto que, aunque

singular, nos encontramos ante un movimiento migratorio; a la Geografía Rural, puesto que el mundo rural es el destino final de estos «emigrante de la Utopía»; y, finalmente, al Pensamiento Geográfico, puesto que, para la comprensión final del fenómeno, es necesario aplicar diferentes categorías de análisis, desarrolladas por diferentes corrientes de pensamiento geográfico (desde la Geografía Regional hasta la Geografía Humanística pasando por la Geografía Radical).

Tenemos ante nosotros, en España, un tema nuevo y singular, lo cual, para el investigador, tiene sus ventajas e inconvenientes. Por una parte, el analizar el fenómeno mientras éste aún se está desarrollando, ofrece al geógrafo la posibilidad de poder intervenir en él, apuntando, en la medida de sus posibilidades, sugerencias y soluciones que pueden ser aplicables a los proyectos de planificación de áreas marginadas y despobladas. Por otra parte, es evidente el riesgo de llegar a conclusiones precipitadas, al no poder valorar el fenómeno en toda su dimensión y al no poder servirse de fuentes de información más completas y fiables.

A pesar de este riesgo, creemos que está plenamente justificado el afirmar que, ante todo, el neorruralismo expresa un profundo cambio de territorialidad, una esencial transformación de las relaciones del individuo con su entorno biosocial. Dicha transformación se manifiesta, básicamente, a través de una nueva concepción del trabajo y de toda una serie de nuevas actitudes, comportamientos y valoraciones de su entorno más inmediato. Hay que ver, en este tipo de trabajo, la producción de un valor de uso que sobrepasa ampliamente el marco de la producción material y que entra en contradicción con los valores dominantes del capitalismo. Hay que desechar, a nuestro entender, las explicaciones simplistas del fenómeno, según las cuales el neorruralismo no sería más que un producto de la propia sociedad en busca de una solución a sus crisis estructurales. El neorruralismo puede ayudar indirectamente a solucionar determinados aspectos de estas crisis (el paro juvenil, por ejemplo), pero, en cualquier caso, ni sus orígenes ni su razón de ser se mueven en estas coordenadas. Sea como fuere, lo que no se puede negar es que, al menos, como dice Chevalier, «las chimeneas han vuelto a humear y las escuelas han abierto de nuevo sus puertas» (Chevalier, 1981, pág. 47).

Bibliografía

- ALBARRE, G., 1982, «La rénovation rurale», *Ruralités Nouvelles*, 6, págs. 1-32.
- ALLARDT, E., 1982, «Reflections on the rural nature of past and present», *Sociologia Ruralis*, 22, págs. 99-107.

- ARDAGH, J., 1982, *France in the 1980s*, Harmondsworth, Penguin.
- BARNLEY, Pierre; PAILLET, Paule, 1978, *Les néo-artisans*, Paris, Stock.
- BELLIARD, J. C.; BOYER, J. C., 1983, «Les nouveaux ruraux en Ile-de-France», *Annales de Géographie*, 512, págs. 433-451.
- BLAKELY, J. Edward; BRADSHAW, Ted K., 1985, «América rural: un nuevo contexto», *Agricultura y Sociedad*, 36-37 (julio-diciembre), págs. 21-53.
- BLETTERIE, René; FLAGEUL, Alain, 1977, «Les écopolites arrivent!», *Pour*, 57, págs. 70-80.
- Boletín de la Coordinadora de Agricultura Ecológica*, Bimensual desde enero-febrero de 1985.
- BOOKCHIN, M., 1978, *Por una sociedad ecológica*, Barcelona, Gustavo Gili.
- BUTTNER, Anne, 1976, «Grasping the dynamism of lifeworld», *Annals. Association of American Geographers*, 66, págs. 277-292.
- CÁNOVAS I MARTÍ, 1985, «Apocalípticos del bienestar. Los contestatarios en la década de los años sesenta», en Izard, Miquel, ed., 1985, págs. 186-199.
- CHEVALIER, Michel, 1981, «Les phénomènes néo-ruraux», *L'Espace Géographique*, 1, págs. 33-49.
- CLOUT, Hugh, 1984, *A Rural Policy for the E.E.C.?*, Londres, Methuen. En especial los capítulos 3 y 4.
- DARDICK, Geeta, 1985, «An interview with Gary Snyder», *Sierra (The Sierra Club Bulletin)*, 70-75, September-October, págs. 68-73.
- DAVIES, W. D., 1983, *The Territorial Dimension of Judaism*, University of California Press.
- DEL VASTO, Lanza, 1972, *Le pèlerinage aux sources*, Paris, Denoël.
- DEMATTEIS, Giuseppe, 1982, «Repeuplement et revalorisation des espaces périphériques: le cas de l'Italie», *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 53, págs. 129-143.
- DESSAU, J., 1982, «Another Agriculture?», *Sociologia Ruralis*, 22, págs. 167-171.
- Encuentro sobre Pueblos Deshabitados*, Madrid, 13-15 septiembre 1984. Transcripción mecanografiada de las ponencias, comunicaciones y debates, pág. 1.205.

- FORSYTHE, D. E., 1980, «Urban incomers and rural change: the impact of migrants from the city on life in Orkney community», *Sociologia Ruralis*, 20, págs. 287-307.
- GARCÍA, Frédéric, 1977, «Pouvoirs en souffrance: néo-ruraux et collectivités rurales du Pays de Sault Oriental», *Etudes Rurales*, págs. 101-108.
- GILBERT, Y., 1978, «Le mythe rural», *Espaces et Sociétés*, 24-7, págs. 3-27.
- GODKIN, Michael A., 1980, «Identity and Place: Clinical Applications Based on Notions of Rootedness and Uprootedness», en BUTTIMER, Anne; SEAMON, David, eds., 1980, *The Human Experience of Space and Place*, Londres, Croom Helm, págs. 73-85.
- GROSSO, René, 1973, «Le renouveau villageois sur la rive gauche du Rhône entre Drôme et Durance», *Etudes Rurales*, págs. 265-295.
- HARVOIS, Paul, 1977, «Une redécouverte de la ruralité: des faits, des possibilités...», *Pour*, 57, págs. 87-91.
- HERVIEU, Bertrand; LÉGER, Danièle, 1979, *Le retour à la nature, «au fond de la forêt... l'Etat»*, Paris, Le Seuil.
- HERVIEU, Bertrand; LÉGER, Danièle, 1983, *Des communautés pour les temps difficiles: néo-ruraux ou nouveaux moines*, Paris, Le Centurion.
- HOCHAS, J., 1977, «Aménager le territoire: avec quels hommes?», *Economie Rurale*, 118, págs. 14-23.
- HOUSTON, James M., 1978, «The Concepts of Place and Land in the Judaeo-Christian Tradition», en LEY, David; SAMUELS, Marwyn, S., eds., 1978, *Humanistic Geography. Prospects and Problems*, Londres, Croom Helm, págs. 224-237.
- IZARD, Miquel, ed., 1985, *Marginados, fronterizos, rebeldes y oprimidos*, I, Barcelona, Edicions del Serbal.
- JEGOUZO, Guenhäel, 1977, «Le retour à l'agriculture est-il un phénomène statistiquement marginal?», *Pour*, 57, págs. 34-48.
- KAYSER, B., 1966, *L'exode rural et ses conséquences dans la région Midi-Pyrénées*, Toulouse, A.M.P.R.A.
- LEROY, L., 1960, *Le Ruralisme*, Paris. Editions Ouvrières.

- LEROY, C. M.; PROBST, G., 1982, «La rénovation du village en Allemagne», *Ruralités Nouvelles*, 5, págs. 1-32.
- LOWENTHAL, David, 1975, «Past Time, Present Place: Landscape and Memory», *The Geographical Review*, 65-1, págs. 1-36.
- MARTÍNEZ ILLA, Santiago, 1986a, *El retorn al camp a Catalunya: els neorurals a la Garrotxa*, Departamento de Geografia, Universidad Autónoma de Barcelona, Memoria de Licenciatura. Inédita.
- MARTÍNEZ ILLA, Santiago, 1986b, «El retorn al camp a Catalunya: l'exemple de la Garrotxa», *Revista de Girona*, 117, págs. 67-74.
- MAUGER, Gérard, 1977, «Du gauchisme au retour à la terre», *Pour*, 57, págs. 15-20.
- MELVILLE, K., 1976, *Las comunas en la contracultura*, Barcelona, Kairós.
- MENDRAS, Henri, 1979, *Voyage au Pays de l'Utopie Rustique*, Le Paradou, Editions Actes-Sud.
- MERCIER, Claude; SIMONA, Giovanni, 1983, «Le néo-ruralisme. Nouvelles approches pour un phénomène nouveau», *Revue de Géographie Alpine*, LXXI-3, págs. 253-265.
- MOOS, Rudolf; BROWNSTEIN, Robert, 1977, *Environment and Utopia. A Synthesis*, New York, Plenum Press.
- NOGUÉ I FONT, Joan, 1985, «El paisatge existencial de la Utopia», en *Una lectura geogràfico-humanista del paisatge de la Garrotxa*, Girona, Colegio Universitario de Girona y Diputación de Girona, págs. 204-224.
- PAU, Alban, 1977, «Etre berger, être chevrier», *Pour*, 57, págs. 59-61.
- RACIONERO, Luis, 1977, *Filosofías del Underground*, Barcelona, Anagrama.
- RELPH, Edward, 1976, *Place and Placelessness*, Londres, Pion.
- ROSZAK, Teodor, 1971, *El nacimiento de una contracultura*, Barcelona, Kairós.
- RUGGIERI, Michelangelo, 1976, «I terreni abbandonati: nuova componente del paesaggio», *Bolletino della Società Geografica Italiana*, 10-5, págs. 441-464.
- RUGGIERI, Michelangelo, 1984, «Il recupero dei terreni abbandonati nei paesi della C.E.E.», *Bolletino della Società Geografica Italiana*, págs. 359-366.

-
- SALOMÓN, Paule, 1979, *Les Nouveaux Aventuriers de l'Esprit*, Paris, Albin Michel.
- SANZ MENÉNDEZ, Luis, 1985, «Tendencias recientes en las zonas rurales: ¿de la industrialización a los servicios?», *Agricultura y Sociedad*, 36-37 (julio-diciembre), págs. 235-250.
- SÉGUY, Jean, 1971, «Une sociologie des Sociétés Imaginées: monachisme et utopie», *Annales E.S.C.*, págs. 328-354.
- TUAN, Yi-Fu, 1971, «Geography, Phenomenology, and the Study of Human Nature», *The Canadian Geographer*, 15, págs. 181-192.
- TUAN, Yi-Fu, 1977, *Space and Place: The Perspective of Experience*, Londres, Arnold.
- VIEL, Jeanne-Marie, 1978, *L'Agriculture Biologique en France*, Thèse de 3ème Cycle, Paris I.
- VIEL, Jeanne-Marie, 1984, «Le rôle des néo-ruraux dans le canton d'Ourt, Ariège», *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, 55-4, págs. 441-456.
- VOLLMAR, Klaus, 1984, «Comunas y Comunidades en Norteamérica», *Integral*, Extra Monográfico 8, págs. 19-37.
- VUARIN, Robert, 1982, *Le recours à la terre. Essai de compréhension de la structure et explication de la genèse du mouvement contemporaine d'installation à la terre de non-agriculteurs*, Université de Provence, Sociologie-Ethnologie, Thèse pour le Doctorat de 3ème Cycle en Sociologie.



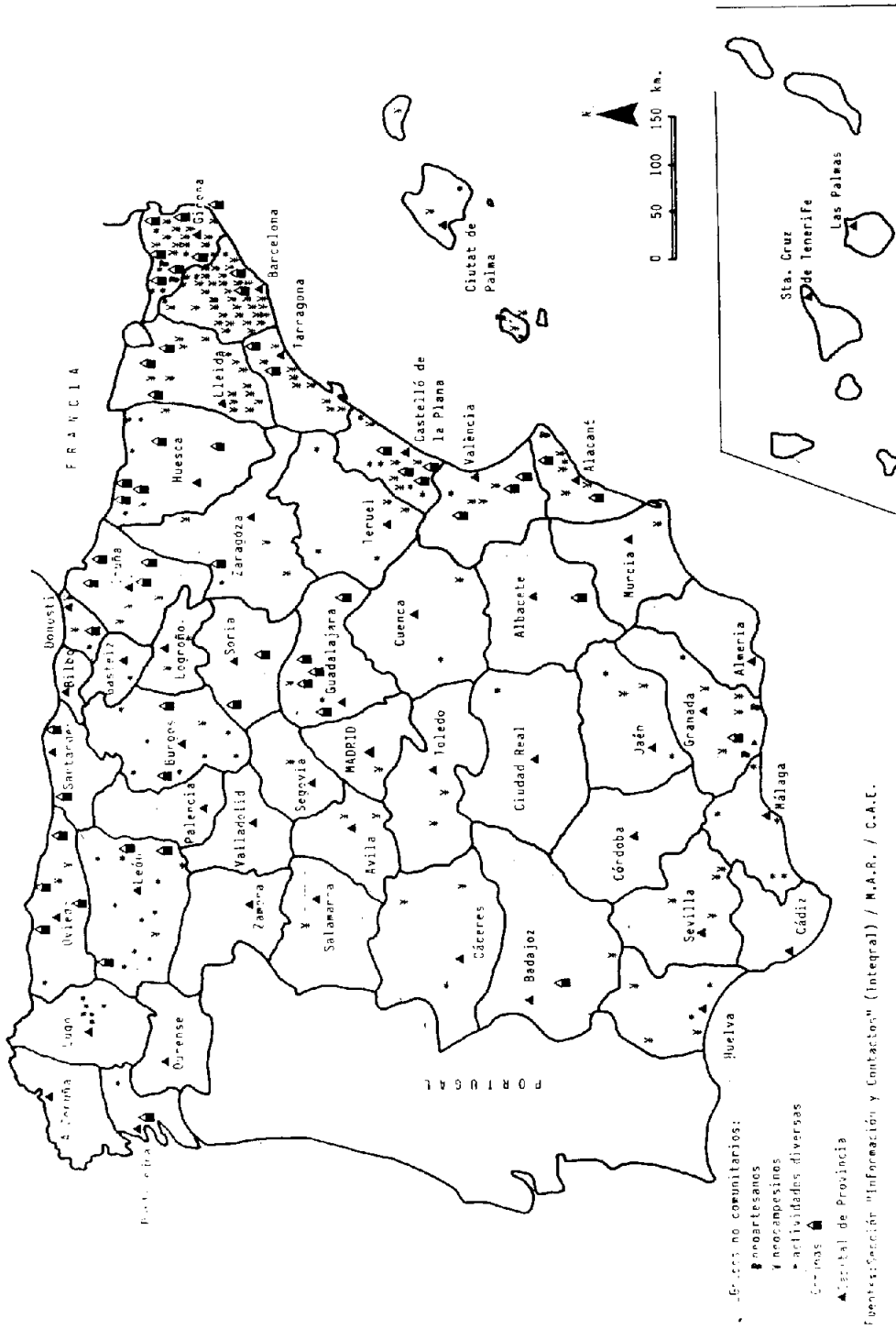


Gráfico I.—Asentamientos neorurales en España. 1985.

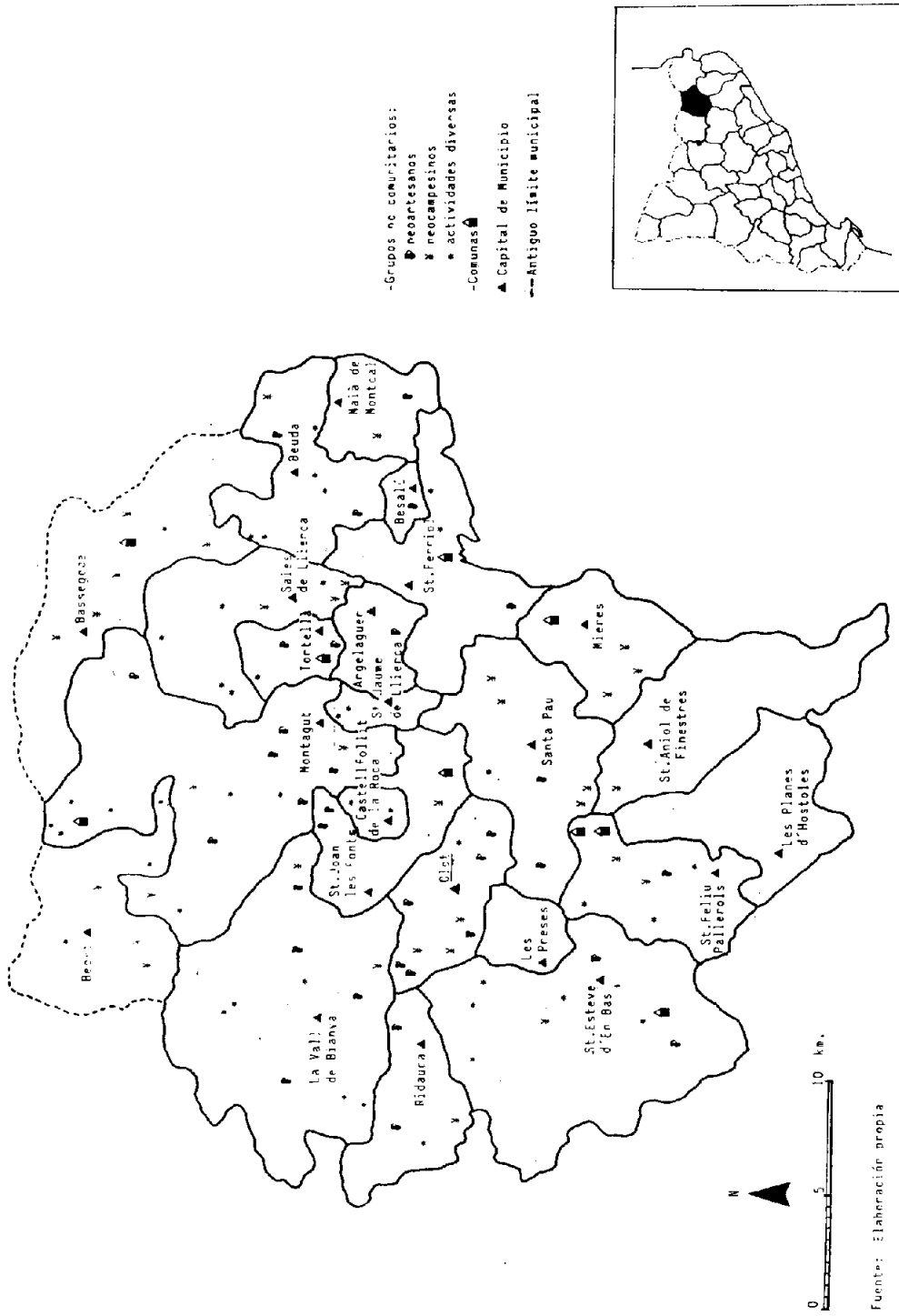


Gráfico III.—Asentamientos neorurales en la comarca de la Garroixa. 1985.

RESUMEN

Desde la perspectiva de la geografía humanística, el neorruralismo es algo más que una simple vuelta al campo. El fenómeno neorrural expresa, de hecho, un cambio de territorialidad, es decir un cambio en las relaciones existentes entre los individuos y su entorno biosocial. El presente artículo explora esa nueva territorialidad en el caso concreto de los grupos neorrurales de la comarca de la Garrotxa (Girona). En un análisis más general, se analizan también los antecedentes históricos del fenómeno, su evolución, los diferentes tipos de neorrurales y su localización en España y muy especialmente en Cataluña.

RÉSUMÉ

Du point de vue de la géographie humanistique, le réo-ruralisme va au-delà d'un simple retour à la campagne. Le phénomène néo-rural exprime, en fait, une transformation de la territorialité, à savoir, des relations existant entre les individus et leur environnement bio-social. Dans le présent article, il est étudié cette nouvelle territorialité dans le cas concret des groupes néo-ruraux de la région de la Garrotxa (Gérone). Dans une perspective plus générale, il est également analysé les antécédents historiques du phénomène, son évolution, les différents types de néo-ruralisme et leur localisation en Espagne, notamment en Catalogne.

SUMMARY

From the standpoint of Humanistic Geography, neo-ruralism is something more than a mere return to the country. The neorural phenomenon, in fact, expresses a change of the territorial concept, that is, a change in the relationships between individuals and their biosocial surroundings. The article explores this new territoriality in the specific case of the neo-rural groups in the district of La Garrotxa (Gerona). In a more general analysis, the historical background of the phenomenon is also studied, as is its evolution, the different types of neo-rural practitioners and their geographical distribution in Spain and, more especially, in Catalonia.

